

REVISTA DE DIFUSION DE EXPERIENCIAS EDUCATIVAS

REPORTAJE CENTRAL :: Página 3

LA GESTIÓN DE LA CONVIVENCIA ESCOLAR

¿Cómo manejar los conflictos al interior de la comunidad educativa? Aquí compartimos reflexiones, técnicas y experiencias para orientarlos en la búsqueda del buen clima escolar.

Página 11

EL PODER DE LOS CÍRCULOS DE PAZ Y LA JUSTICIA RESTAURATIVA



Página 15

UN CENTRO DE ESTUDIANTES EMPILADO

Los jóvenes también trabajan por una mejor convivencia





Edición de agosto
de 2012

Comité editorial:

Pablo Fuenzalida R.
Director Ejecutivo

Javier Gajardo
Juan Pino
María Teresa Rodríguez
María Isabel Del Valle
Paulina Sala

Redacción y fotografías:

Marcela Cerda

Diseño:

www.alfonsoquiroz.cl

Fotografías base utilizadas en concepto de imágenes en páginas:

- 2, 3, propiedad de Jayanta Behera, fotógrafo y diseñador de Mumbai, Maharashtra, India.
- 2, propiedad de Svilen Milev, artista búlgaro.
- 15, propiedad de Griszka Niewiadomski, fotógrafo de Lodzkie, Polonia.
- 3, 4, 6, 7 propiedad de Ilker, fotógrafo e ilustrador de Izmir, Turquía.
- 5, propiedad de Kasiakay, fotógrafo polaco.
- 16, propiedad de Eastop, Melbourne, Victoria, Australia.

Si quieres comunicarte con nosotros para hacer sugerencias, plantear temas, enviar cartas y solicitudes nuestra dirección es Plaza de Armas 444, piso 3, Santiago; y el correo electrónico atina@fundacionemmanuel.cl

¿Buscas más información sobre el quehacer de Fundación Emmanuel y sus programas? Te invitamos a ingresar a nuestro sitio web:
www.fundacionemmanuel.cl



"Atina, creando escuela"
es una publicación bimensual de
Fundación Emmanuel.

clima escolar y convivencia

Cuando iniciamos el proyecto comunicacional de "Atina, creando escuela", hace casi dos años, queríamos ofrecer un espacio de reflexión comunitaria del quehacer de las escuelas que educan a niños, niñas y jóvenes vulnerables de nuestro país. Sin duda que hemos perseverado para que esto siga siendo una realidad.

El equipo editorial agradece especialmente a quienes han tenido la responsabilidad de liderar y sacar adelante este proyecto en este lapso de tiempo, pues han entregado su creatividad, ganas y conocimientos. A Sandra Zepeda, Nicole Cisternas, Constanza Román y Francisco Barrera vaya un sincero agradecimiento.

Hoy abordamos un tema esencial y transversal a la vida de toda comunidad educativa como es la convivencia escolar. Aquí no sólo cabe considerar el modo en que se procede dentro de un grupo, se trate o no de una escuela. Lo que queremos es revisar nuestras formas de estar, de compartir, de participar, de resolver discrepancias, de respetarse, de encontrarse y crear espacios para crecer, conocerse, aprender, querer, soñar y entregarse a los demás.

La sociedad que nos toca vivir parece necesitar cada vez más normas y reglas, y por tanto, supervisores de esas reglas, pues desconfía de los actores que las tienen que

cumplir. Al mismo tiempo, se promueve el desarrollo más armónico de las personas en ambientes sanos y cuidados. Así, las escuelas -que son espacios de convivencia regulados y protegidos- viven tensionadas por lo que sucede fuera de ellas, por las realidades de las familias y de los entornos de sus estudiantes, requiriendo más reflexión y empeño en alcanzar propósitos que ayuden a lograr una convivencia escolar donde no se rigidicen las relaciones, sino que se favorezca el encuentro y el desarrollo humano de todos quienes integran la comunidad escolar.

Les presentamos en este octavo número testimonios, contenidos técnicos y reflexiones de quienes, desde sus roles, han ido contribuyendo a entender y mejorar el ambiente escolar para el aprendizaje integral de los estudiantes. Que este conjunto de pistas nos ayude a comprender y renovar nuestras miradas, con las nuevas distinciones que aquí se presentan, poniendo siempre el foco en los estudiantes, que son para quienes las escuelas y sus equipos dan lo mejor de sí diariamente.

Lo resume así Gabriela Mistral: "La educación tiene por objeto convertir al niño en un hombre de naturaleza armoniosa y bien proporcionada: esta es la meta de padres y maestros".



Equipo editorial



Trabajar en el empeño de un buen convivir

La escuela es por definición un espacio social. Allí no sólo convergen alumnos, profesores, directivos y padres en un ejercicio diario de aprendizaje, sino que se encuentran sueños, expectativas, formas de ser y de pensar que muchas veces no tienen nada en común. ¿Cómo convivir de manera armoniosa en la diversidad? ¿Alguien debe ceder? ¿Qué habilidades hay que desarrollar para lograr un buen ambiente en las comunidades escolares? Atina buscó respuestas a estas preguntas conversando con tres expertos en educación, quienes desde sus distintos ámbitos reflexionaron sobre qué es y cómo se logra un clima sano que propicie el desarrollo de todos los actores.



Claudio Duarte
Sociólogo, académico y
coordinador del diplomado en
Convivencia Escolar de la
Universidad de Chile

“Convivir: del latín convivere. Vivir en compañía de otros”. Esa es la definición que entrega el diccionario de la Real Academia Española y calza a la perfección con lo que a diario sucede en todas las escuelas del país: cada una de ellas es un lugar donde se juntan mundos, donde se entrelazan historias de vida en un océano diverso y en constante movimiento. Un movimiento que a ratos se torna turbulento e impredecible, mientras en otros se muestra calmo y armonioso. Si cada miembro de la escuela es una gota de este gran océano, ¿es posible lograr que las relaciones de convivencia sean sanas y positivas? En opinión de Claudio Duarte, sociólogo, académico y coordinador del diplomado en Convivencia Escolar de la Universidad de Chile, es posible siempre y cuando se considere que “los niños, niñas y jóvenes traen su entorno a la escuela,

lo portan consigo. Por eso lo mejor es aprovechar esa relación con el entorno y utilizarla como un dispositivo pedagógico”. Explica que “por mucho tiempo se dijo que en la escuela no se expresaban los problemas sociales de manera tan aguda, pero hoy está claro que sí se reproducen, especialmente el carácter adultocéntrico de las relaciones entre niños y adultos”.

¿A qué se refiere con ello? “A ese mundo que tiene todo resuelto, que lo sabe todo, que puede decidir, controlar y dominar sin tomar en cuenta a los niños, y que enseña desde el jardín hasta el posgrado que los estudiantes están ahí para obedecer y acatar órdenes, y no para tener iniciativa, menos autonomía, ni tampoco para participar de las decisiones que son relevantes” explica. Para Duarte aquí está el meollo de la convivencia escolar: “La Declaración Internacional de los



Derechos del Niño recién se reconoce en el año 90 en Chile, lo que le pone un elemento interesante al juego de la convivencia, pero no la define en sí misma. De hecho para muchos adultos que existan estos derechos es un problema, y les aparejan un listado de deberes que transforman el derecho en un privilegio”.

Pero entonces, ¿se puede normar la convivencia? Claudio Duarte se muestra partidario de “establecer ciertos acuerdos de convivencia que tal como somos los seres humanos, sean dinámicos y cambiantes, porque si no los actos que se van a dar en la realidad van a desbordar rápidamente el reglamento. Por eso es vital la capacidad reflexiva que debe tener el equipo pedagógico, especialmente para observar la convivencia y encontrar la mejor estrategia para ir interviniéndola y que sea cada vez más democrática, respetuosa, solidaria y justa. Es indispensable que los acuerdos sean flexibles y que la palabra de niños, niñas y jóvenes sea importante”.

Un concepto que para el sociólogo resulta fundamental para conseguir un buen clima escolar es la “participación sustantiva, que tiene que ver con las capacidades que los sujetos tienen de aportar y las oportunidades que el entorno genera para desarrollar cosas. Aquí hay una tarea para nosotros como educadores de promover la generación de estas convicciones y que los

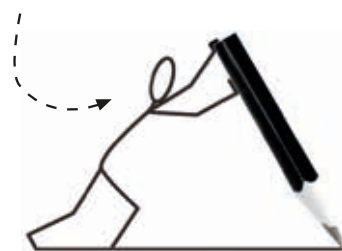
estudiantes aprendan la importancia de participar, de opinar fundadamente, de respetar lo que piensa el otro, de hacerse parte de las decisiones y luego comprometerse”, y agrega “hay que aprender a ver la flexibilidad como un valor propio de las relaciones sociales porque somos cambiantes como seres humanos, por lo tanto la convivencia escolar no puede analizarse como si fuera un objeto plano. Se le ha transformado en un objeto físico, reduciéndolo a la oficina de convivencia y al manual de procedimientos. En cambio lo que sucede en la sala de clases, en el patio o en el baño no es considerado convivencia”.

Duarte ve en la labor de los profesores un desafío muy grande, y por lo mismo, muy atractivo, pues “teniendo como eje fundamental de su trabajo la democracia, la participación, el potenciamiento de los sujetos, cuando entren a la sala no van a ver 45 problemas, si no que 45 socios”.

¿Cuáles son las claves del trabajo que propone el sociólogo? Lo primero, es desarrollar un conjunto de estrategias intencionadas y planificadas que permitan alcanzar el carácter que se le quiera dar a la convivencia: “Supongamos que queremos que el clima dentro del colegio sea amoroso. Todos los estamentos deben preguntarse cómo hacer para que el clima sea así, donde haya buen trato, lenguaje sin sobrenombres, respeto a

la opinión de todos los actores y compromiso con las decisiones acordadas colectivamente”, explica Claudio. Y para resolver los casos que se tornen conflictivos, hay que saber a quién recurrir: “Como educador debes intentar entender qué le está pasando a ese joven, porque hay algunos con los que conversas de manera lo más horizontal posible y te das cuenta que el problema tiene que ver con sus dinámicas familiares, con sus dinámicas barriales... Por eso

La Declaración Internacional de los Derechos del Niño recién se reconoce en el año 90 en Chile, lo que le pone un elemento interesante al juego de la convivencia, pero no la define en sí misma. De hecho para muchos adultos que existan estos derechos es un problema, y les aparejan un listado de deberes que transforman el derecho en un privilegio.



Planificar y no improvisar



Para Cristian Infante, abogado, ex director de colegio y actual Secretario Ejecutivo de la Vicaría para la Educación, la buena convivencia escolar no es algo que se da en forma natural.

“Todas las personas vienen de un contexto particular y en todos ellos hay diversas prácticas y maneras de relacionarse. Si llega un chico que vive en un entorno más violento, lo esperable es que transfiera a la comunidad escolar su forma de actuar, porque está acostumbrado a esa forma de relación. Por eso, para que una escuela sea un espacio formativo, hay que entender que esa persona debe incorporarse a una cultura de convivencia escolar distinta, en un proceso paulatino que implica una intencionalidad pedagógica”.

En su opinión, hay mal clima escolar en sectores vulnerables y no vulnerables, descartando el clásico prejuicio que existe al respecto. “Hay

lugares muy poco vulnerables donde existen prácticas de menosprecio, de burla, de egoísmo muy fuertes. Tal vez es menos visible que un grito o un golpe, pero eso no quita que en ambos lugares haya inconvenientes de igual gravedad”, indica Infante.

El Secretario Ejecutivo de la Vicaría para la Educación plantea que en los valores está la primera herramienta para instalar una buena convivencia al interior de los colegios, y para eso cada establecimiento debe definirlos e intencionarlos: “Estos valores forman parte del proyecto educativo, y por lo tanto de la cultura escolar, y deberían estar presentes en todas las relaciones humanas que ocurran en la comunidad escolar”. En ese sentido, Infante cree que no hay que ver la convivencia “como un objeto externo, porque en definitiva es nuestra estadía en un lugar y las relaciones que tenemos entre todos”.

Explica que el buen clima escolar también responde a una serie de criterios transversales que deben cruzar el accionar del equipo directivo y de los profesores para dar coherencia al proyecto. “Si a un alumno le digo un día que no a algo, y después que sí, deterioro la convivencia escolar porque como ellos están en proceso de formación perciben un discurso poco claro. Estos criterios permiten cierta coherencia y ofrecen reglas claras para todos. Porque puedes aceptar estar en un ambiente más o menos rígido,

pero los estudiantes necesitan claridad sobre lo que se espera de ellos, incluso para romper las reglas que es un acto de rebeldía legítimo también”.

Cristian Infante cuenta que en la Vicaría para la Educación hay una constante preocupación para que las escuelas alcancen un buen clima interno, y para eso definieron un modelo de seis puntos que directivos y profesores no deben soslayar al enfrentar el tema. “Los hemos llamado Criterios Transversales de la Fe, y hay que integrarlos desde la gran planificación hasta en la cosa más pequeña”.

¿Cuáles son estos puntales? Infante los enumera y entrega detalles: “Lo primero es que la escuela debe brindar afecto y apoyo a toda la comunidad... A niños, profesores, padres, a todos. El segundo, es generar desde el establecimiento un vínculo pro social, que implica la identidad de sus miembros. El tercero se refiere a tener altas expectativas de lo que pueden lograr alumnos, profesores, apoderados, directivos... creérsela de verdad. Y ligado a eso, hay un cuarto punto: tener límites claros y firmes. Firmes no significa rígidos; significa que si digo llegan hasta aquí, llegan hasta ahí”. Agrega como quinto elemento “la participación significativa a todos los estamentos de la comunidad en instancias como consejos escolares, centro de alumnos y de padres, reuniones todos los meses, asambleas, debates. Y por último, es necesario el fortalecimiento de las habilidades sociales y la comunicación para lograr una buena convivencia”.

Cristian cuenta que fue el libro “Resiliencia en la escuela”, escrito en 2003 por Nan Henderson y Mike Milstein, el que inspiró este modelo que ve con ojos nuevos el espacio escolar, potenciando las posibilidades de desarrollo de todos los miembros de la comunidad educativa. “Lo que se pretende es que el profesor incorpore en cada actividad estos seis puntos, que en cada clase, en un partido de fútbol, en un taller sobre cualquier tema haya afecto y apoyo, identidad, altas expectativas, límites claros y firmes, participación y desarrollo de las habilidades sociales. Así vamos creando un espacio formativo que va



fortaleciendo la madurez humana, la integridad con la comunidad... Es un proceso intencionado donde los valores a través de una metodología cruzan todos los procedimientos", indica el experto.

Según Infante, el inspector es una figura a la que históricamente se le atribuye la aplicación de las reglas disciplinarias, pero él vivió una experiencia innovadora en ese sentido. "Dirigí un colegio sin inspectores disciplinarios, pues es un personaje que evita que la convivencia escolar sea responsabilidad de todos los sujetos de la escuela. Porque si un alumno se porta mal con un profesor se le manda a la inspectoría, pero ¿dónde está el afecto y apoyo? ¿Los límites claros y firmes? No hay vínculo con ese alumno y se le quita al profesor la responsabilidad formativa de trabajar esto con él. Y por otro lado, fomenta el temor. Los papás viven con susto de que a sus hijos les vayan a pegar... pero cuando les dices que no va a haber inspector, se les cae el piso y dicen "esto se va a desbandar", "va a haber peleas todos los días". Y te das cuenta que no. Que si tienes una estrategia, funciona. Porque muchas veces el inspector fomenta una cultura de hacer las cosas por debajo, de engañar, de que es válido hacer algo mientras no te pillen. Y no estoy hablando de dejar hacer: debe haber reglamentaciones, pero también mucho diálogo, acogida. Todo esto requiere un liderazgo y una manera de pensar la escuela distinta. Mientras eso no pase, vamos a seguir entendiendo la convivencia escolar como un objeto disciplinario y eso no le llega al corazón a nadie. Y si no tengo vínculo, ¿por qué debería mejorar la convivencia?", reflexiona Infante.

Y concluye con una invitación a poner atención en los resultados que se quieren obtener en cada proceso que se inicia al interior de la escuela: "Los colegios hemos trabajado siempre sobre una noción basada en procesos y no en resultados. Es decir, hago algo y espero determinado resultado. A diferencia de una visión que pone en el centro el resultado y busca planificar el trabajo para alcanzarlo. Decir "voy a hacer reunión de apoderados y después veo qué pasa", no es lo mismo que decir "voy a hacer esto con mis papás", porque las reuniones se transforman en un medio poderoso para lograr mis objetivos. En suma, tengo que intencionar la reunión y aplicar con los padres los seis principios, haciéndolos participar, apoyándolos, poniendo límites claros... en suma, generando vínculos".

Una mirada jurídica a la convivencia



Buscando ampliar el debate en torno al clima escolar, conversamos con el abogado y profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad Diego Portales, Miguel Cillero, quien constantemente ha participado del debate nacional en torno a la justicia juvenil.

El experto explica que distinguiendo entre derecho a la educación –que implica acceso y calidad en condiciones de igualdad- y derechos en la educación –que incluyen la igualdad de trato, protección de la dignidad e integridad de los estudiantes- es en este último espacio donde convergen la convivencia escolar y los derechos de niños y niñas. "En el ámbito educativo, a esta dimensión de respeto, igualdad de trato y de protección se le denomina convivencia escolar y allí confluyen como una garantía de los derechos del niño, las normas e instituciones destinadas a asegurar una convivencia que apoye el proceso educativo en un marco de protección y favorecimiento del desarrollo de niños y niñas", señala.

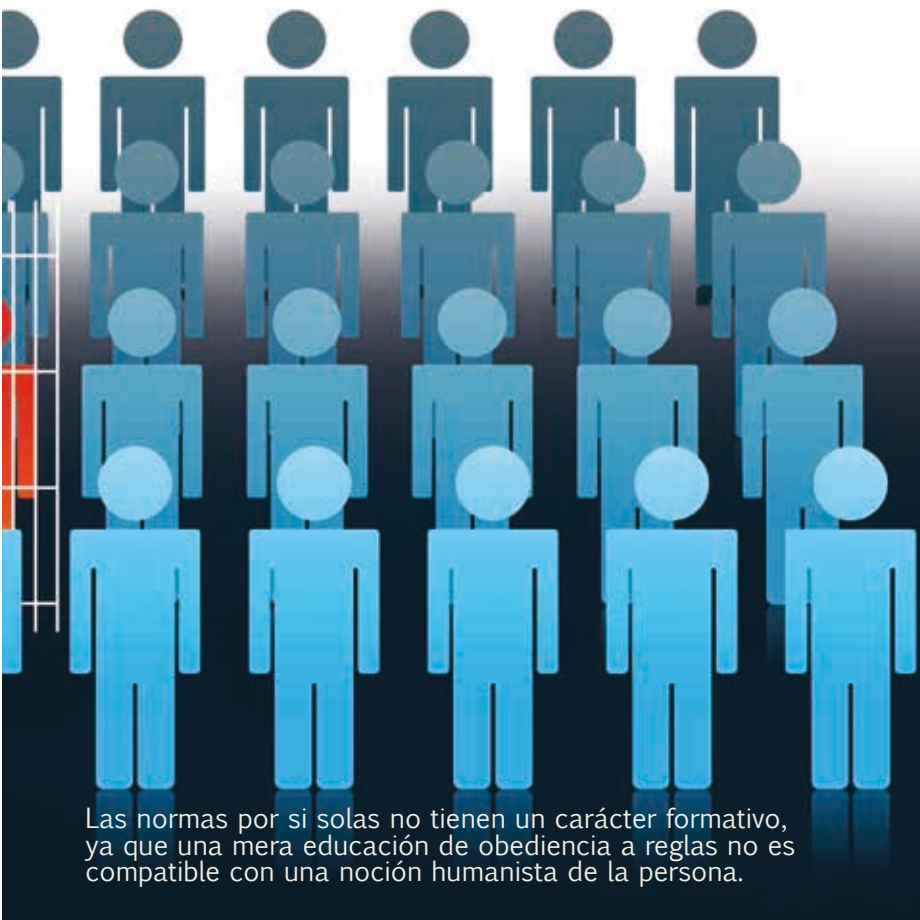
Cillero es un convencido de que la mejor convivencia se logra en la medida

que el trato a los alumnos se enfoca desde sus derechos. "La justa prioridad que la sociedad contemporánea le concede a la libertad, la autonomía y la responsabilidad, entendida esta última como una consecuencia del respeto a la dignidad de las otras personas y a los requerimientos de la vida en sociedad, exigen que el sistema educativo ponga especial énfasis en desarrollar la toma de conciencia, valoración y ejercitación de la libertad, la autonomía, el respeto y la responsabilidad en el ámbito escolar", indica.

En ese sentido, el abogado aclara que las normas por sí solas no tienen un carácter formativo, ya que "una mera educación de obediencia a reglas no es compatible con una noción humanista de la persona. Por el contrario, la formación debe enfatizar los sentidos de libertad y autonomía, junto a los de responsabilidad, respeto y solidaridad", lo que en su opinión también vale en los casos más conflictivos y que generan roces al interior de las escuelas.

Cillero señala que los problemas de convivencia "no pueden resolverse únicamente desde el punto de vista de los resultados, entendidos como la





Las normas por sí solas no tienen un carácter formativo, ya que una mera educación de obediencia a reglas no es compatible con una noción humanista de la persona.

eficacia en el control de conductas dañinas, sino que es necesario examinarlas y evaluar si las estrategias educativas empleadas son capaces de lograr que niños, niñas y adolescentes internalicen estos valores, adhieran a las reglas sociales de convivencia y desarrollen pautas de valoración autónomas que favorezcan una convivir pacífico. El sistema educativo no puede renunciar a educar, aunque requiere de reglas que establezcan derechos, deberes y sanciones, eso sin perder de vista que la finalidad de los reglamentos no se agota en el control de las conductas, sino que tienen que orientarse a un objetivo formativo”.

Precisamente la judicialización de las conductas juveniles es uno de los temas complejos que se desprende de la convivencia escolar. El profesor Cillero indica que “la legislación vigente en Chile obliga a judicializar aquellos conflictos más graves, lo que presenta ventajas y problemas. Un punto a favor es impedir que los espacios educativos se conviertan en lugares donde no entra el Derecho, es decir, espacios desprovistos de protección y que puedan propiciar el abuso y la victimización de los estudiantes, lo que es especialmente relevante cuando se trata de delitos graves que afectan su

integridad física y su libertad sexual, y con mayor razón si son cometidos por adultos en el marco de las relaciones educativas”.

Para Cillero, la judicialización en estos casos “logra invertir la asimetría de poder entre los niños y niñas y los adultos”. Pero hace una salvedad y es que “en muchos otros casos de delitos menores la respuesta penal, como primera y única acción, resulta inútil y muchas veces pernicioso. Son casos que la Justicia penal no es capaz de resolver, porque no está institucionalmente preparada para hacerlo, y que al ser traspasados al ámbito judicial terminan por debilitar los mecanismos internos para resolverlos. Con ello, la víctima no encuentra muchas veces protección ni reparación en el sistema judicial, y el establecimiento queda disminuido en su capacidad de solucionar aquella parte del conflicto intraescolar que no puede ser resuelta por la Justicia”, es decir, se da una especie de círculo vicioso.

¿Cuál podría ser entonces la solución a este problema? Miguel Cillero entrega luces sobre algunos temas a trabajar al interior de las comunidades: “la evidencia internacional y algunas

experiencias nacionales muestran que el uso de técnicas de mediación, conciliación y reparación en el ámbito escolar puede resultar más beneficioso. Especialmente en el caso que el agresor y la víctima sean estudiantes, este tipo de mecanismos podría ser explorado antes de recurrir a la Justicia, reservando su derivación al sistema judicial en caso que el conflicto no logre solucionarse por otros medios. Creo que sería conveniente que la legislación chilena avanzara en esta línea en un futuro, permitiendo que en delitos de menor importancia se pueda postergar la denuncia intentando respuestas alternativas que las propias comunidades educativas deberían desarrollar”.

El desafío para el profesional está puesto especialmente en la gestión que directivos, administrativos y profesores hagan de los conflictos internos. Por eso cree que lo primero es “tomar conciencia del problema y ver que es posible abordarlo y superarlo. No hay que cerrar los ojos ni desalentarse. La comunidad educativa debe saber que es capaz de desarrollar mecanismos para superar los problemas de convivencia y tener la voluntad de procurarse los medios para hacerlo, de modo de comprometerse a tomar todas las medidas necesarias para evitar cualquier tipo de maltrato, particularmente el abuso sexual, dando prioridad al interés de la víctima de estas acciones”.

Para ello considera que es fundamental que cada establecimiento cuente con “un cuerpo de reglas claro y bien orientado que asuma como una responsabilidad el cuidado y respeto de la integridad física y psicológica de los niños, niñas y adolescentes, estableciendo protocolos claros de actuación basados en la protección de la víctima”. Una tarea que se plantea difícil pero no imposible si se aúnan voluntades. “Esta labor recae con mayor fuerza en la dirección y en los profesores y administrativos de los establecimientos, pero requiere de la participación, comprensión y colaboración de padres, apoderados y de los propios estudiantes. En este sentido, iniciativas como los Consejos Escolares pueden ser buenas estrategias para asumir este trabajo en conjunto” concluye Cillero.

COLUMNA de OPINIÓN



Ricardo Pavez

Jefe Área Técnico Profesional
Centro Educacional Alberto Hurtado

Yo estudié en esta escuela, soy ex alumno y he sido testigo cómo han ido cambiando no sólo los intereses, los gustos y las preocupaciones de alumnos y alumnas, sino que también cómo ha ido variando la forma de convivir al interior de un colegio. Haciendo memoria, les cuento que antiguamente teníamos sólo dos inspectores; uno prácticamente se concentraba en labores administrativas, mientras que el otro estaba en patio, y como tenían poca presencia, el tema de la convivencia se manejaba muy bien a partir de la figura del profesor jefe. La cercanía que él generaba con su curso era la clave de la convivencia que se daba al interior de la escuela, porque el profesor era la figura que iba moldeando ciertas conductas en los chiquillos.

Pero eso ha cambiado, porque los niños y niñas que nos toca recibir hoy tienen un tipo de carencia distinto a los de antes. Hace unos años, las carencias estaban más relacionadas a lo económico, se decía que era un problema de medios. Pero hoy la carencia va por otro lado: nos encontramos con chiquillos que están faltos de compañía, que no cuentan con el apoyo de su familia o de alguna figura que les sea significativa. Por eso la situación es más compleja y la gestión de la convivencia requiere de una estrategia distinta, donde hay que reforzar desde distintos ámbitos la labor del profesor jefe. Fue así como en nuestro colegio se crearon los inspectores de nivel para los diferentes cursos, hay coordinadores de especialidades (ya que somos un liceo técnico profesional), y contamos con un grupo de religiosas que día a día conversan y acompañan a los chiquillos en sus

inquietudes espirituales. En resumen: si comparamos ayer y hoy, la cantidad de personas que ahora trabajan para poder gestionar de buena manera la convivencia escolar es mucho mayor y la estrategia tiene un carácter distinto. Técnicamente se dice que las escuelas que tienen menor índice de agresividad o de conflicto son las que tienen menos rotación de profesores, ya que los estudiantes en su búsqueda de referentes, se identifican con las figuras de la escuela y están atentos a cómo se comportan. Por eso es fundamental la actitud como el profesor llega a la sala, observar cómo el inspector es recibido, que los docentes se entrevisten formal e informalmente con cada uno de los chiquillos y sus familias, para así interiorizarse de su realidad, que son todas muy distintas en cuanto a cómo se conforman sus círculos de confianza o lo que les gusta hacer.

De acuerdo a nuestra experiencia, la mejor convivencia se logra con aquellos profesores que permanecen más horas con los chiquillos pues se transforman en figuras importantes en sus vidas. Es un hecho que en la enseñanza técnico profesional la relación que se da con los profesores de taller es muy diferente a la que se da con los de asignaturas, porque se produce un punto de encuentro tan grande, que a veces pienso que la especialidad que estudian es casi una excusa que sirve para poder relacionarse de manera más estrecha con los jóvenes que tenemos la misión de formar. Al final de cuentas, los resultados más lindos y las experiencias más ricas salen de la cercanía que uno pueda generar con los alumnos, y ese es uno de los sellos que nuestra escuela nunca debe dejar de cultivar.

Viñeta Humor y escuela

Muchas gracias por los excelentes trabajos recibidos. Los iremos publicando en cada número de la revista Atina.



Heraldín Muñoz

Primero Medio B, Liceo Politécnico de Talagante.

Seminario sobre Derechos del Niño

Una deuda siempre por saldar

Fundación Emmanuel, junto a otras organizaciones católicas que integran la Mesa Pro BICE-Chile, invitaron a instituciones que centran su trabajo en la infancia y juventud para revisar juntos el diagnóstico que prepara UNICEF sobre la realidad chilena.



El pasado 27 de junio se concretó el interesante seminario “Desafíos de la niñez en Chile” en la Vicaría de la Pastoral Social y de los Trabajadores; un encuentro que contó con la participación de representantes de Fundación Emmanuel, de la Vicaría de la Pastoral Social, de los Hermanos de La Salle, del Hogar de Cristo, de los Hermanos Maristas, de Caritas – Chile y de la Vicaría para la Educación.

El objetivo fue conocer en profundidad el último diagnóstico que la UNICEF maneja sobre la realidad de niños, niñas y jóvenes en nuestro país, datos fundamentales para orientar de mejor manera las tareas de esta red de agrupaciones del mundo católico enfocadas en atender a uno de los grupos más vulnerables de la sociedad, y que son parte de la mesa Pro BICE (Oficina Internacional Católica de Infancia), con el objetivo de potenciar



el enfoque de derechos de niños y niñas en el servicio educativo, pastoral y promocional que realizan.

Fue así como especialistas de UNICEF expusieron sobre diversos ámbitos de acción que dan cuenta del momento y los procesos que están aconteciendo a la infancia en Chile, deteniéndose especialmente en los problemas que aún se deben superar. Por eso se abordó la nueva institucionalidad de infancia y los cambios que se están dando en el marco de la protección legal a nivel país; se habló sobre logros y tareas pendientes respecto a cobertura y desigualdad en la educación preescolar; se revisaron datos sobre lo que está sucediendo con la infancia indígena; para cerrar con un módulo dedicado al análisis de

la violencia que se ejerce en nuestro país contra los más pequeños, tocando temas como maltrato, abuso y prevención.

Una síntesis de lo expuesto la entregó Nicolás Espejo, encargado del Área de Derechos de UNICEF, señalando que los

avances que se han alcanzado gracias a políticas de infancia en Chile aún son insuficientes para acortar las grandes brechas que existen entre los grupos más y menos pudientes de la sociedad: “Vemos que existen brechas en el acceso a la educación, a la salud e igualdad de oportunidades. Ciertos niños, por pertenecer al sector de la sociedad más beneficiado, han podido incrementar sus niveles de inclusión, lo que no ocurre con muchos niños de sectores más desaventajados”.

Es por eso que el compromiso que Fundación Emmanuel ha adquirido al participar de la mesa pro Bice-Chile es abordar los temas de derechos en las instituciones que acompaña, de modo que niños, niñas y jóvenes lleguen a convivir en contextos más equitativos, inclusivos y sanos.

Movilizándonos hacia el aprendizaje integral



Acciones complementarias

Nuevas ideas, nuevos liderazgos

Para intercambiar sueños, proyectos y proponer soluciones conjuntas a sus problemas, los centros de estudiantes de la escuela Agrícola Cristo Obrero, del colegio Menesiano de Culiprán y del Centro Educacional Alberto Hurtado compartieron una provechosa jornada en dependencias de Fundación Emmanuel.



El aprendizaje integral no sólo requiere del desarrollo de competencias por parte de directivos y profesores, quienes vuelcan en los alumnos nuevas metodologías y habilidades adquiridas. Este empeño también necesita del involucramiento de los estudiantes, actores vivos del proceso de aprendizaje en su sentido más amplio. ¿A quienes siguen niñas, niños y jóvenes al interior de sus colegios? ¿Quiénes los representan y de qué forma se organizan?

Para responder a esa pregunta tan atinente a la hora de reflexionar en torno al actual movimiento estudiantil, el pasado 1 de junio se reunieron en Fundación Emmanuel tres centros de estudiantes de establecimientos técnico-profesionales: la Escuela Agrícola Cristo Obrero, el Centro Educacional Menesiano y el Centro Educacional Alberto Hurtado.

Presidentes, vicepresidentes y delegados, junto a sus profesores asesores, tuvieron la posibilidad de compartir visiones sobre la educación, exponer preocupaciones particulares de cada establecimiento, además de abordar ideas y proyectos que esperaban realizar. Por eso, para entregar herramientas que permitieran a estos jóvenes líderes empoderarse y cumplir una mejor gestión, la jornada

estuvo centrada en desarrollar aspectos como el trabajo en equipo y el liderazgo a través de juegos y dinámicas de participación grupal.

Para Víctor Sánchez, profesor asesor de los dirigentes de la Escuela Agrícola Cristo Obrero, esta es "una oportunidad extraordinaria, porque los ayuda a mirar su propósito como centro de estudiantes. Tengo muchas expectativas en esta capacitación que va a permitir instaurar un futuro movimiento activo que les enseñe a no esperar que hagan las cosas por ti, sino que ir a conseguirlas". Por su parte el presidente del centro de estudiantes del colegio Menesiano, Ignacio Cisternas, señaló que "es una ayuda poder compartir con otros centros de alumnos y ver así otras miradas sobre cómo formar, cómo organizar, cómo poder llegar más eficientemente a los estudiantes".

En suma, fue un día donde se escucharon ilusiones y propuestas que sólo llevan a pensar que existen espacios educativos donde hay líderes que están aprendiendo a sacar la voz.

Y se fueron con la tarea de elaborar un proyecto que ayude a desarrollar nuevos aspectos del aprendizaje integral en sus compañeros y compañeras de escuela, con la idea de concretarlo durante su tiempo de servicio.

Deeducador a educador:

Buscando la paz en medio de la tormenta

Sin considerar malos pronósticos ni prejuicios, en la escuela Novomar comparten la misma sala de clases niños y niñas con discapacidad, repitentes y hasta desertores del sistema escolar. Ubicado en Puente

Alto, este establecimiento hizo una apuesta por un modelo de convivencia innovador que tiene en la inclusión y la acogida sus más poderosas herramientas.



Un pionero es quien explora nuevas tierras, quien se atreve a dar un paso más allá de lo conocido. Esa es la vocación que ha marcado el camino de la escuela Novomar, que a fines de los 90 fuera de los primeros proyectos educativos integrados del país. La dificultad de atender a niños y niñas de enseñanza básica junto a pequeños con distintos tipos de discapacidad era grande, pero su equipo directivo y docente estaba convencido de que crecer en diversidad permitía un aprendizaje más humano e integral.

Las cosas se hicieron más complejas cuando la escuela empezó a recibir a



chicos considerados tradicionalmente "alumnos problema". Su director Hugolino González explica que son niños "con muchas dificultades familiares, cruzadas por temas de violencia, delictuales, de drogadicción y de maltrato, acentuadas por factores de pobreza y marginalidad". La cultura de la diversidad estaba rindiendo sus frutos y casi sin darse cuenta Novomar pasó de escuela integrada a escuela inclusiva.

Cultura de la diversidad

"La convivencia en esta escuela es mucho más rica", asegura Hugolino, agregando que el equipo administrativo y docente tuvo que prepararse y superar ciertos prejuicios al apostar por la cultura de la diversidad. "Al mirar una escuela que acoge versus una escuela que selecciona, siempre van a sentirse diferencias. Porque la no discriminación ayuda positivamente a la percepción que tienen los alumnos. Una escuela que trabaja un modelo de buenos tratos versus un modelo de control, siempre va a tener mejores resultados" asegura.

El punto de partida del trabajo en Novomar es conocer a cada niño en su individualidad, por eso "asumimos que la escuela debía flexibilizarse en relación a cada chico y no sólo someterlos a adaptaciones. Así generalizamos la práctica de visitas domiciliarias, dónde intentamos conocer el hábitat de cada estudiante e identificar los riesgos asociados a su

vulnerabilidad. Eso nos permite evaluar de otra forma sus conductas y sobre todo las que son consideradas conflictivas para el orden escolar”, relata el director.

Pero, ¿cómo convive la multiplicidad de mundos y sueños en este colegio de Puente Alto? ¿De qué manera se enfrentan los conflictos?

Los círculos de paz

Fiel a su vocación pionera, la escuela Novomar gestiona la convivencia a través de un innovador modelo que se fundamenta en los conceptos de justicia restaurativa y cultura de paz. “En sus orígenes, este fue un intento por responder a los riesgos de la vulnerabilidad desde la realidad de la escuela y de la comunidad. La escasez de recursos y la ausencia de referentes nos llevó a buscar de manera intuitiva las respuestas y llegamos al convencimiento de que había que enfrentar la cultura de la violencia”, cuenta Hugolino González.

Entre las alternativas que barajaron para gestionar la convivencia nunca consideraron los reglamentos: “estábamos seguros de que la convivencia no se mejoraba por decreto, por lo tanto no se trataba de controlarlo todo. Aquí hay algo fundamental que tiene que ver con el amor, en considerar a cada niño en su individualidad y desplegar todos los esfuerzos por aminorar el impacto negativo de su vulnerabilidad”, dice González. Fue así como entre todos los estamentos se definieron prácticas de buenos tratos: “por sentido común la escuela no puede ser un espacio de prolongación de maltratos y castigos. Nuestros niños son violentados desde el vientre, por lo tanto, seguir ejerciendo violencia sobre ellos es inaceptable”.



Sumando esfuerzos, comenzaron a crear un modelo no sistemático pero lleno de prácticas orientadas a responder de otra forma a la vulnerabilidad. La creación de la escuela comunitaria fue uno de los pasos que los llevó a entender el vínculo con el entorno, y sobre todo la importancia de ejercer alguna influencia sobre ella. Además se incorporaron los temas de justicia restaurativa y cultura de paz como fundamentos teóricos del modelo de convivencia Novomar.

“Estamos en una fase de implementación gradual, en la que hemos definido un sistema de gestión y un equipo encargado. El diagnóstico es que debemos enfrentar una cultura de la violencia que es hegemónica hoy en las poblaciones, por eso las estrategias de mejora de la convivencia no son sólo acciones de contención y castigo, sino sobre todo deben tener un carácter preventivo e impulsor de una cultura alternativa a la violenta. En la práctica, se reemplazan los castigos por actos reparatorios y servicio comunitario” detalla González.

Esto resulta del todo coherente de acuerdo a la explicación que entrega el directivo, “ya que al estar centrados en la comunidad, quien comete un acto incongruente atenta contra la estabilidad y armonía del grupo. Por lo tanto, es la comunidad escolar la que

interviene para solicitar la reparación o el servicio comunitario”, indica Hugolino. Aquí la víctima de la agresión juega un papel fundamental, “ya que a través de su testimonio se orienta la reparación. Creamos un dispositivo conocido como círculo de paz, que es un espacio de diálogo entre víctima y victimario mediado por representantes de la comunidad, que busca alcanzar la reparación. Esta experiencia es muy potente, y aunque estamos en una etapa exploratoria, los resultados permiten enfrentar los conflictos de manera radical. Hemos logrado consecuencias inesperadas que superan la solución del conflicto entre los implicados y se adentran en los espacios de los cursos, de las familias, e incluso de las poblaciones donde habitan víctima y victimario” dice con orgullo.

La de Novomar es sin duda una experiencia que lleva a reflexionar sobre la forma en que nos relacionamos con quienes nos rodean, y que ofrece una gran oportunidad de trabajar la convivencia replicando sus prácticas. “Contamos con un aula de convivencia, desde donde se gestiona el modelo. Es un lugar de diálogo permanente donde se realizan círculos de paz y esperamos se convierta en un espacio de capacitación en cultura de paz”, concluye González.

Una experiencia para compartir

Diálogo y compromiso ante todo

En la escuela Juan Pablo II la mediación ha sido la llave que le ha abierto a su comunidad puertas de paz y buena convivencia.



La gestión del clima escolar siempre ha sido un tema importante en la escuela Juan Pablo II de La Granja. Por eso el año 2011 realizaron una intensa campaña de buen trato, donde

participaron directivos, profesores, alumnos y apoderados. Y este año el empeño ha estado puesto en implementar la mediación como método de resolución de conflictos.

Así lo explica Marcela Maldonado, diplomada en mediación y coordinadora de convivencia escolar del establecimiento: "Para abordar la mediación escolar en nuestro colegio se crearon una serie de documentos. Algunos son de reflexión y otros de mediación para que los profesores usen cuando un niño ha tenido dificultades o ha causado disturbios en la sala de clases. La idea es que se junte con el estudiante y miren este documento con el objetivo de hacer una reflexión sobre la conducta problemática. Si hay dos chicos involucrados, se hace con

ambos, intentando que sepan identificar el problema, analicen cuál ha sido la consecuencia de ello —si ha afectado a un profesor, a un compañero—, para luego reflexionar qué pasaría en el futuro si la conducta continúa. Por último los niños deben proponer soluciones al conflicto y ahí se firma un compromiso que debe ser llenado por él mismo".

Ese es un momento clave, de acuerdo a lo que ha observado Marcela, "porque cuando los chicos firman el compromiso, sienten que se validan como alguien importante en el colegio. Es como si no vinieran porque les llaman la atención, si no que lo ven como una reflexión; así lo toman".

El proceso de mediación se completa con un parte de incidencias, "donde se establece una sanción que debe definirse de acuerdo a la falta del niño. Por ejemplo, si un estudiante molesta a un compañero porque usa lentes, se le puede pedir que haga una reflexión escrita sobre la empatía, con la idea de que la sanción se transforme en algo significativo" señala Marcela. Aquí entra a jugar un rol la familia del estudiante, "porque se les informa de

la sanción y si el problema se repite, llamamos a apoderado para ver qué otras cosas pueden estar interviniendo en el comportamiento del alumno, y en esta instancia es él quien firma una carta de compromiso", explica la coordinadora.

Con la mediación, ¿ha cambiado el trabajo de los profesores de Juan Pablo II? "Ellos se capacitaron sobre los pasos a seguir ante un conflicto, y lo aplican siempre. Pero con el tiempo nos hemos dado cuenta que al comienzo nos tocaba mediar bastante, pero ahora se dan cada vez menos", indica Marcela Maldonado. En ese sentido, la mediación se ha transformado en "un facilitador al interior de la sala de clases, principalmente porque les permite orientarse respecto de cómo tienen que tocar el tema, saber qué hacer. Además ha servido para llevar un registro de las mediaciones al interior del establecimiento, lo que a los profesores les da una visión más global de lo que se ha trabajado en términos de conducta con cada estudiante".

Para Marcela, llegar a capacitarse en mediación fue una feliz casualidad que ahora tiene mucho sentido en su trabajo. "Al salir de la universidad, tomé un diplomado en mediación escolar sin saber todo lo que se venía. Agradezco haberlo hecho porque prácticamente la convivencia escolar se ha vuelto un tema país. Se quiere abordar, pero no se sabe cómo. Por lo mismo, hace falta que en cada establecimiento alguien se especialice en gestión de la convivencia, que se trabajen documentos, que se sepa por qué es importante que exista un registro de las mediaciones, o estar al tanto de que los propios alumnos pueden mediar en algunos casos", asegura.

Dada su experiencia en el manejo de temas de convivencia, Marcela agrega una reflexión que no deja indiferente: "los adultos tendemos a hablar mucho y no dejar que el niño nos cuente su visión ante una situación complicada. La mediación otorga eso: es el estudiante el que lleva a la reflexión; se vuelve protagonista y desde ese rol reflexiona sobre las consecuencias de sus actos".



Aprendiendo en familia

Padres presentes, hijos felices

Rompiendo esquemas, el liceo Menesiano Sagrado Corazón de Llay Llay, citó sólo a papás a la reunión donde se entregaron las notas del primer semestre. Una iniciativa que mejoró impulsó las relaciones entre apoderados y llenó de genuina alegría a los participantes.



generó mucha alegría entre los niños, que pudieron presentarle el papá a sus amigos.

Además, la reunión fue un hito importante al interior de cada familia del liceo pues en muchos casos era la primera vez que el padre se enteraba de primera fuente cómo iban los avances académicos de sus hijos. “Quisimos que los padres se dieran cuenta de que lo bien o mal que salga el alumno en los estudios también es responsabilidad de ellos, porque ¿cuánto habían cooperado en ese resultado?” se pregunta Raquel. Y agrega, “no basta con que les digan a los niños que hagan sus tareas. Hay que superar los problemas de comunicación intrafamiliar y que los padres muestren que están preocupados de los que pasa con sus hijos, pero en forma activa”.

“Algunos papás habían visto el colegio sólo por fuera, así que esta fue una buena ocasión para conocerlo”. Con esa frase comienza a relatar Raquel Guerra, directora del liceo Menesiano Sagrado Corazón de Llay Llay, la novedosa experiencia que tuvo lugar el pasado 5 de julio en este establecimiento de la Quinta Región. Y es que buscando relevar el rol que los papás tienen en el camino formativo de los niños, organizaron una reunión exclusiva para apoderados varones con el objetivo de entregarles el informe de notas del primer semestre de sus pupilos y abrir además un espacio de convivencia que no existía.

“En un principio nos daba miedo implementar la idea, porque hay familias donde los padres están ausentes o sólo cumplen con el rol de proveedor y no tienen tiempo para otras

actividades que se relegan en forma natural a las mamás. Nosotros quisimos terminar con esa idea de que el papá trabaja y la mamá se encarga de la educación, porque esa tarea tiene que ser cada vez más compartida”, explica Raquel con entusiasmo.

resultados del encuentro fueron súper positivos: “la convocatoria fue un éxito, porque vinieron hartos papás y quedaron muy contentos porque se sintieron considerados. Y en términos de convivencia fue bueno para los cursos, porque se conocieron entre apoderados que jamás se habían visto”, lo que según señala la directora





Estudiantes empilados

El poder de la voz juvenil



En el Centro Educacional Alberto Hurtado hay un grupo de chicos que trabaja duro por representar a sus pares a través del centro de estudiantes. Una tribuna privilegiada para relevar valores como el respeto y la participación con miras a mejorar la convivencia.

En tiempos de marchas y movilizaciones, los liderazgos juveniles han mostrado todo su potencial. Hay quienes celebran que haya caras nuevas, que aplauden su forma de organización y el carácter más participativo que han establecido al momento de tomar decisiones. Pero en términos prácticos, ¿cómo hace hoy un centro de alumnos para recoger las demandas de quienes los eligieron, y al mismo tiempo relacionarse en forma fluida con los directivos del colegio para plantear peticiones y lograr resolverlas? ¿Cómo gestionan día a día esa cuota de poder? ¿Cómo influyen con su liderazgo en la convivencia escolar?

En el Centro Educacional Alberto Hurtado hay un grupo de jóvenes que está trabajando en ello. Son Bastián Muñoz, presidente; Carmen Villacura, vicepresidenta; Francisco Barahona, encargado de Relaciones Públicas; Matías Osés, tesorero; y Pedro Chandía, secretario, quienes conforman el centro de estudiantes de este establecimiento de la comuna de Quinta Normal, y que con una gestión proactiva y llena de energía han conseguido tener voz y voto para opinar sobre proyectos y decisiones que atañen a la comunidad escolar completa.

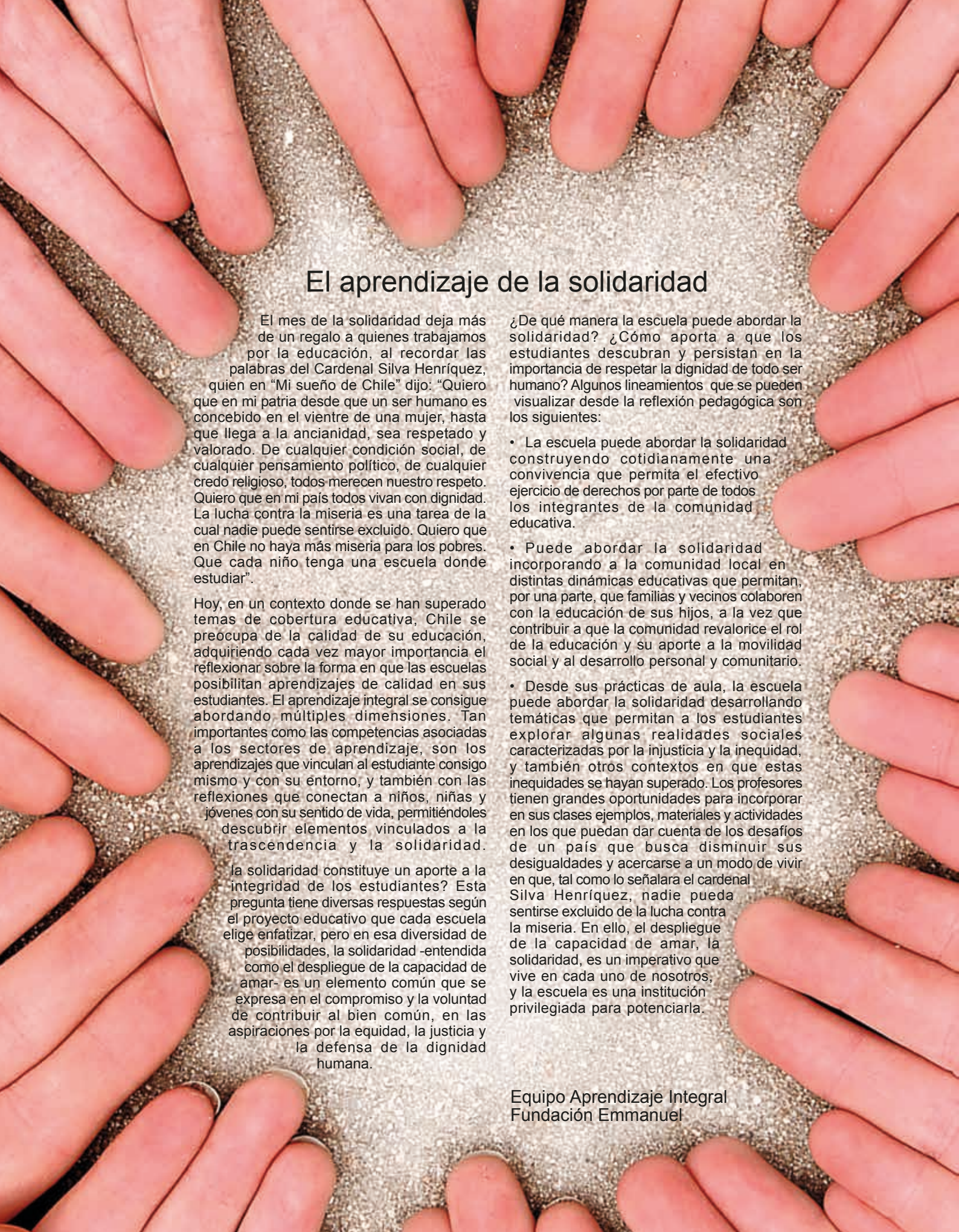
“Los cargos son una formalidad”, se apura en explicar Carmen, “yo no valgo menos que el presidente o que el secretario. Acá todas las decisiones se toman en conjunto, y si uno se opone, no se hace” dice tajante. Llevan varios meses encabezando el centro de alumnos impulsando diferentes demandas que han surgido de cada curso de manera democrática. “Para lograr más participación hay un presidente en cada curso que hace las veces de representante, y con ellos nos reunimos al menos una vez al mes para discutir las mayorías que se dan en cada nivel sobre diferentes temas”, explica Bastián.

Carmen siente que ha sido vital para lograr una buena gestión “el hacerse

notar como dirigentes, ir a los cursos, hablar en público”, y agrega convencida algo que es simple, pero clave: “somos los mejores representantes de los alumnos porque los conocemos bien. Y como centro de alumnos estamos bien organizados y tenemos claras nuestras metas”.

Con ayuda del profesor asesor han logrado establecer un fluido canal de comunicación con la Dirección del colegio, y a pesar de las diferencias de opinión todos los temas se ponen sobre la mesa y se conversan. “Ellos tratan de solucionarnos los problemas, y los estamos siempre cateteando, vamos a ver al director en los recreos y obviamente no concordamos en todo, pero las cosas se hablan”, dicen.

En cuanto a la convivencia, ¿qué papel han desarrollado como centro de estudiantes? Francisco cree que “una forma de fomentar el buen clima es cumpliendo nuestras propuestas. Por ejemplo ahora que conseguimos que se instale un teléfono público en el liceo, vamos a hacer una asamblea para explicar que hay que cuidarlo y ser responsables. Así no retrocedemos en lo que se avanza”, explica. Mientras Carmen asegura que la mejor práctica de buena convivencia que han implementado es “nunca tomar decisiones sin consultar a los chiquillos. Siempre les hemos pedido la opinión para no pasarlos a llevar”. Y Pedro agrega que la tolerancia es parte intrínseca del funcionamiento del grupo: “Yo y Francisco nunca estamos de acuerdo, y aunque discutimos nos medimos para que las cosas no lleguen a convertirse en un problema”. Pensativo, Bastián hace una reflexión que resume el valor de la tarea emprendida: “Esta ha sido una experiencia que me ha ayudado a ser más responsable. La pega del centro de alumnos es una responsabilidad extra que demuestra que puedo cumplir con varias cosas al mismo tiempo”, y sus amigos asienten con complicidad.



El aprendizaje de la solidaridad

El mes de la solidaridad deja más de un regalo a quienes trabajamos por la educación, al recordar las palabras del Cardenal Silva Henríquez, quien en “Mi sueño de Chile” dijo: “Quiero que en mi patria desde que un ser humano es concebido en el vientre de una mujer, hasta que llega a la ancianidad, sea respetado y valorado. De cualquier condición social, de cualquier pensamiento político, de cualquier credo religioso, todos merecen nuestro respeto. Quiero que en mi país todos vivan con dignidad. La lucha contra la miseria es una tarea de la cual nadie puede sentirse excluido. Quiero que en Chile no haya más miseria para los pobres. Que cada niño tenga una escuela donde estudiar”.

Hoy, en un contexto donde se han superado temas de cobertura educativa, Chile se preocupa de la calidad de su educación, adquiriendo cada vez mayor importancia el reflexionar sobre la forma en que las escuelas posibilitan aprendizajes de calidad en sus estudiantes. El aprendizaje integral se consigue abordando múltiples dimensiones. Tan importantes como las competencias asociadas a los sectores de aprendizaje, son los aprendizajes que vinculan al estudiante consigo mismo y con su entorno, y también con las reflexiones que conectan a niños, niñas y jóvenes con su sentido de vida, permitiéndoles descubrir elementos vinculados a la trascendencia y la solidaridad.

¿La solidaridad constituye un aporte a la integridad de los estudiantes? Esta pregunta tiene diversas respuestas según el proyecto educativo que cada escuela elige enfatizar, pero en esa diversidad de posibilidades, la solidaridad -entendida como el despliegue de la capacidad de amar- es un elemento común que se expresa en el compromiso y la voluntad de contribuir al bien común, en las aspiraciones por la equidad, la justicia y la defensa de la dignidad humana.

¿De qué manera la escuela puede abordar la solidaridad? ¿Cómo aporta a que los estudiantes descubran y persistan en la importancia de respetar la dignidad de todo ser humano? Algunos lineamientos que se pueden visualizar desde la reflexión pedagógica son los siguientes:

- La escuela puede abordar la solidaridad construyendo cotidianamente una convivencia que permita el efectivo ejercicio de derechos por parte de todos los integrantes de la comunidad educativa.
- Puede abordar la solidaridad incorporando a la comunidad local en distintas dinámicas educativas que permitan, por una parte, que familias y vecinos colaboren con la educación de sus hijos, a la vez que contribuir a que la comunidad revalorice el rol de la educación y su aporte a la movilidad social y al desarrollo personal y comunitario.
- Desde sus prácticas de aula, la escuela puede abordar la solidaridad desarrollando temáticas que permitan a los estudiantes explorar algunas realidades sociales caracterizadas por la injusticia y la inequidad, y también otros contextos en que estas inequidades se hayan superado. Los profesores tienen grandes oportunidades para incorporar en sus clases ejemplos, materiales y actividades en los que puedan dar cuenta de los desafíos de un país que busca disminuir sus desigualdades y acercarse a un modo de vivir en que, tal como lo señalara el cardenal Silva Henríquez, nadie pueda sentirse excluido de la lucha contra la miseria. En ello, el despliegue de la capacidad de amar, la solidaridad, es un imperativo que vive en cada uno de nosotros, y la escuela es una institución privilegiada para potenciarla.

Equipo Aprendizaje Integral
Fundación Emmanuel